

EN ESPAÑA CAYÓ DOS VECES EL MANNÁ

1751 y 1764 (Notas sobre unos hechos acaecidos en las sierras de Avila y de Andalucía)

Por Gabriel SANCHEZ DE LA CUESTA

De las Reales Academias
de Medicina y de Buenas Letras
Catedrático de la Universidad de Sevilla

1751

Ignacio Darnaude Rojas - Marqués
C/ BENIDORM, 5 - (5.º)
41001 - SEVILLA - SPAIN

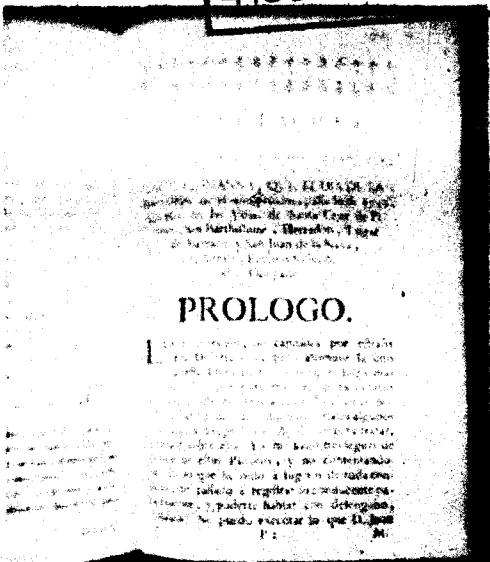


¿QUIEN no ha oído decir a los educadores, cuando proclaman las excelencias del trabajo, palabras como estas? «El manná cayó del cielo en una lejana ocasión, según afirma la Biblia, y por eso lo creemos, pero ya no ha vuelto a descender más veces. El sustento ha de venir de nuestro esfuerzo personal...» Esa ingenua palabrería acaso pueda valer, como consejo, a quien la use, pero está revelando el desconocimiento de que hubo otras caídas posteriores de manná. En dos ocasiones diferentes ocurrieron excepcionales fenómenos en parajes españoles, y por esto, en la oportunidad de hoy, quiero hacer de ello pública información y comentarlo. Bien comprendo que el asunto se presta a la incredulidad de los lectores, y yo mismo lo rechazaría de no ser porque poseo honorables pruebas documentales que nos dan auténtico testimonio de su veracidad.

Existen en mi biblioteca particular, como encogidas entre libros de mayor volumen, dos publicaciones del siglo XVIII que nos cuentan las nevadas españolas de manná. La primera de esas obras —escrita por el doctor Francisco Alonso Esteban y Lecha, «Académico de la Real Academia Médica Matritense, Médico que ha sido de las Villas de Fontiveros, San Esteban del Valle, Molmentran, todas de esta Diócesis Abulense, y de quatro años a esta parte uno de los dos Titulares de esta Ciudad, y de la Tropa Militar»— fue impresa en Salamanca, con licencias de 1752, en la Oficina de Pedro Ortiz, y refiere un fenómeno iniciado el 24 de agosto de 1751, día de San Bartolomé, y reiterado en las noches hasta finales de octubre. La otra obra es el informe «técnico» de un sabio monje, perito en Física, jerónimo del monasterio de San Isidoro, contiguo a la villa de Santiponce; concierne a la blanca polución de la noche del 1 de noviembre de 1764, ocurrida en las proximidades de Cumbres, confin extremeño de nuestra Andalucía.

I. El «rocío cuaxado o sustancia melosa» que cayó en los pueblos del Obispado de Avila, citados en el trabajo de Esteban (ver adjunta lámina), «apareció muy seco; de suerte que se pudo coger hasta quasi todo octubre, en cuyo mes llovió algo, y se desapareció. Los Sauces, Mimbres, Zarzas y Xaras de los arroyos estaban más cargados que los que no tienen suelo húmedo; sin duda, por más proporcionados para mantenerlo, por más jugosos, y porque en estas honduras no corre tanto aire que lo deshaga». Pero agrega después: «aun en la eminencia de los cerros, y llanuras, me confesaron algunos factores, la había igualmente».

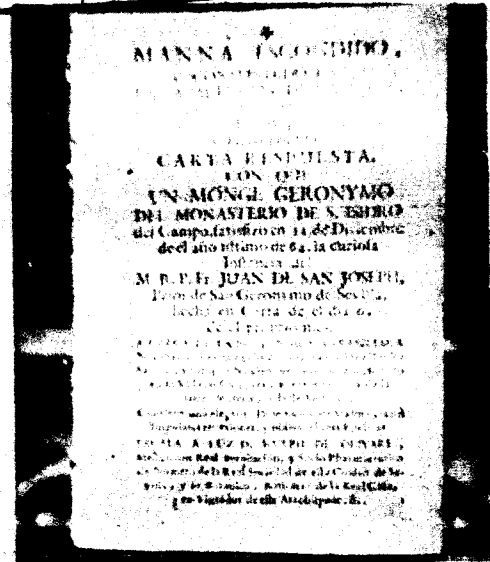
Lo transcrito es suficiente para plantear la cuestión entonces debatida de si el pretendido manná era un «sudor de los vegetales» o un «rocío del cielo». Los partidarios del origen vegetal se basaban en la existencia de jugos dulces en el



te incisiones. El botánico don Juan Minuart, «sujeto hábil en materias farmacéuticas», enviado desde Madrid, «entendió la opinión hasta los sauces, pero Esteban demostró que de éstos no salía sino un liquor subdulce, fluxible, muy ageno de ser Manná como el que en ellos se cogió dicho año de 1751». Era el tenue dulzor de los salicilicos. Y en favor de la hipótesis del rocío celestial se adujo la autoridad de Mathiolo, médico italiano de Siena, quien había estudiado caídas de manná en Calabria, definiéndole como «un rocío o liquor suave, que algunas veces se descuelga de el aire al romper el Alba y se sienta sobre las hojas de los árboles y piedras, el qual crece y se pone engrumescido, de tal suerte que parece goma...», y la del venerable cura de San Bartolomé de los Pinares, quien sentía muy de mañana posarse sobre sus manos una melosa y dulce humedad.

Todavía el doctor Esteban apunta, con imprecisión, que en las cercanías de Piedrahíta de Avila, unos veinte años antes, cayó el mismo rocío prodigioso, subvalorado aquella vez porque «los Labradores no pusieron especial cuidados».

II. Andalucía recibió, pocos años después, otra lluvia de manná. En la noche del 1 al 2 de noviembre de 1764 «...cayó en la villa de Cumbres Mayores una especie de Nieve, que causó mucha novedad, porque no se deshizo, como regularmente sucede; sino que enjugándose, permaneció la tierra blanca, y lo mismo los árboles y piedras; quedándose pegada una como especie de Anícar, que aplicada a la lengua se percibe dulce...» Así escribía a poco del suceso el prior de San Jerónimo, de Sevilla, fray Juan de San Joseph, a otro monje, también jerónimo, del monasterio de San Isidoro del Campo, instándole a que le explicase la «maravillosa nevada», al mismo tiempo que le enviaba un troncito de un



tico polvo. Un curioso informe de este otro monje —cuyo nombre dejó oculto en un gesto de humildad— fue publicado en Sevilla a principios de 1765, en la imprenta del doctor don Jerónimo de Castilla, Impresor Mayor de la Ciudad. (Véase el segundo grabado.)

Practicadas diversas averiguaciones se comprobó la extensión del fenómeno. El médico de Cumbres, don Joaquín José Gil, informó que había ocurrido a modo de una nevada general, «más abundante en la Dehesa que llaman de Abaxo, ...pero universal a toda suerte de territorio no sólo donde había plantas, y monte, sino también sobre los yermos, y campos rasos». Noticias posteriormente recogidas por el fraile daban cuenta de que sucedió lo mismo en Cerro de Anóvalo, Calañas, Puebla de Guzmán, Alonno, Sanlúcar la Mayor y otros pueblos aún más hacia el litoral «Persona de la más delicada formalidad y exquisita lección como fray Manuel de Pontanilla —dice el citado opúsculo—, hallándose el día de la nevada en su pueblo natal de Manzanilla, observó al amanecer una gran niebla y con ella blanqueaban todos los tejados que alcanzaba su vista...; salió a un descubierta donde estaba una haxina de leña seca, y la vio toda blanca, y llena de la misma Nieve; la tocó, y cogió; y habiéndola gustado de un dulce exquisito, repitió el cogerla y gustarla muchas veces...»

Hasta aquí los testimonios. No es el caso que comunico otro más de ese orden sensacionalista que dan las agencias para conmovir al público: noticias fabulosas, teratológicas, de calamidades estremecedoras... que suelen situarlas poco menos que en los antípodas, para difícil comprobación. Nuestra caída del manná ocurrió en localidades andaluzas concretamente citadas que existen ahí al lado. Lo lejano está en la dimensión temporal;

Ahora la gran cuestión es esta: ¿en qué condiciones, químicamente, se formó y cómo pudo ocurrir? De esto viene intrigando a la curiosidad de las gentes el problema del manná. Hasta su misma denominación es alusiva al misterio que lo envuelve, porque manná significa literalmente ¿qué es esto?

Así se lo preguntaba el pueblo de Israel durante los cuarenta años de su peregrinación por el desierto, en los que vivió gracias a la prodigiosa lluvia celestial. Así se lo han preguntado los hombres cuantas veces ha caído ese dulcísimo rocío, al que llamó Plinio «Sudor del Cielo» y «Saliva de los Astros», testificado, entre otros, además de los dos relatos españoles, por el citado Mathiolo, que lo vio caer en el condado de Trento en mayo de 1546; por el abad de Rousseau, en el monte Sinaí, y por Morisson, en Siria; «miel aérea» o «rocío del Líbano», para los árabes, en quienes resulta una cosa doméstica; producto atmosférico, en fin, que no debe ser confundido con ese otro material dulce, rezumado espontáneamente o por cortes, del *Fraxinus ornus* y otros vegetales, y al que las viejas Materias médicas y Farmacopeas le llaman también manná. Ni con otro manná líquido, llamado trunjbín por Avicena, jugo nutricional de la planta alhají.

Sólidos y líquidos hay, pues, entre los «Manás» que «manan» de las plantas; sólidos y líquidos, también, son dos variantes del manná llovido. El mismo Pedro Andrés Mathiolo advirtió en Calabria que el caído sobre olmos, fresnos e higueras se condensaba en unas masas gomosas, mientras que el posado sobre almendros se escurría como rubia miel; intentó explicarlo por una colaboración desigual de la planta receptora.

Pero estas diversidades en el estado físico del producto dulce es algo baladí que no afecta a la esencia del problema. Recapitulemos un poco para concluir en el carácter aéreo y pluvial del genuino manná, toda vez que presenté los testimonios de percibir su caída unas manos sacerdotales, de haberle visto en sitio tan mineral como los tejados de todo el pueblo de Manzanilla, en noviembre, y a mayor abundamiento, sobre vegetales, pero cadavéricos, inactivos ya, como la leña seca y hacinada que advirtió el asombro ponderado de Manuel de Fontanilla.

Tres hipótesis podríamos considerar en la génesis del manná atmosférico:

Primera. Origen vegetal terrestre de ligerísimas partículas hidrocarbonadas, seguido de exudación por las plantas generadoras y ulterior acción de los vientos con elevación de las partículas. Esta explicación exigiría como previo requisito la realidad de unos extensos bosques productores y una efectiva y vasta elaboración de material azucarado —tan vasta como la amplitud de la zona que después se cubriera del manná—, todo lo cual, de existir, hubiera sido sorprendente o notado previamente por los observadores antes o durante el trance de su evaporación al aire desde las plantas generadoras. Y, ciertamente, no hubo tal.

Segunda. Por venida a nuestra atmósfera desde otros núcleos astrales. Recordense las expresiones que cité: «saliva de los astros», «sudor del cielo». La incorporación continua de polvo cósmico a nuestra atmósfera y, por ende, a todo nuestro planeta es un hecho bien sabido. No hay dificultad en admitir también para la llegada del manná. Tanto por lo que este caso no es comparable a



Calañas (Huelva)



aquella otra caída de partículas o gérmenes vivientes que se imaginaron Cohn y Richter, en el pasado siglo, para explicar el origen de la vida en la Tierra, como procedente de otros astros, a lo que llamaron ellos «hipótesis de la panspermia cósmica». Desde que se conoció la acción esterilizante de lo vivo que posee la radiación solar, huelga decir cómo acabó tal hipótesis biogénica. Pero el caso que consideramos no es de material viviente, sino de moléculas orgánicas, verosíblemente hidrocarbonadas, que pueden caer como llovia desde los espacios interplanetarios a la taja aérea de la tierra y desde aquí a la zona premiada con el manná; y

Tercera. Por síntesis hidrocarbonada —o de otra naturaleza— en la propia masa atmosférica. También es admisible. Porque toda la glucosintetización que hacen los vegetales ocurre tomando estos vivientes anhídrido carbónico y vapor de agua de la atmósfera, y teniendo como catalizador la clorofila, y al soplo energético de la luz del sol, la síntesis se hace, con liberación de oxígeno que enriquecerá a la atmósfera. ¿No puede imaginarse una ocupación transitoria de masas de aire por microscópicos vegetales que contuviesen al catalizador, a modo de saquitos de clorofila, y que desde el principio del auto químicó fuesen núcleo de cada cristal o agujilla del manná? La verdad es que desconocemos la microscopía del manná aéreo, su sistema cristalográfico o su amorfía, su tenencia o no de una célula vegetal centralizada y responsable de sus envolturas dulces... Tampoco poseemos un análisis químico del manná llovido. Y, sin saberlo, estamos refiriéndonos nada más que a posibles hidratos de carbono dulces, cuando hay también otras sustancias de sabor dulce, pero cuya textura química es bien distinta de la de cuerpos ternarios hidrocarbonados, porque contienen, además, nitrógeno y azufre: así la sacarina, la cristalosa, la dulcita y otros cuerpos que recetamos a los diabéticos. Podrían formarse en la atmósfera o más allá tales sulfonamidas. Ciertamente difíciles habrían de ser estas síntesis con espontaneidad, ya que su buen trabajo le cuestan a los hombres afanosos en los laboratorios de la Farmacodinamia. Pero esto no es razón definitiva. Porque repárese lo que contó el fin más intruso, la primera síntesis orgánica, la de la urea,

lograda por Woeher en 1828, y, sin embargo... con qué facilidad la hace, sin retortas ni matraces, una mínima célula hepática, con esa admirable sencillez de lo verdaderamente grande o, si preferis, con la inflexible grandeza de todo lo sencillo.

Vienen estas posibilidades a mi ya menguada memoria cuando leo —en la página 65 del opúsculo del jerónimo hispalense— estas deliciosas líneas: «Pero el Manná... no se hizo en el tronco de algún árbol, ni en las entrañas de algún otro cuerpo, sino en la atmósfera, de diferentes partículas salinas, sulfúreas y minerales que elevó y coció el calor de los días precedentes, y otras que siempre vagan por ella. La Maestra naturaleza es quien, sin haber comunicado a nadie la receta, sabe templar allí las puntas de las sales con la crasitud de un azufre exaltado y dexarlas solamente capaces de punzar halagüeñosamente el paladar, no haciendo mordeduras en la lengua con algún sabor acerbo, o amargo, sino rasando blandamente el sentido con un picante dulce y suave».

¡Hipótesis de un azufre exaltado! ¡Alusión a partículas vagantes! bases para una síntesis química que pudo hacerse en el más insospechado laboratorio celular para terrestres: después los dulces frutos como llovidos del cielo».

Andalucía, que testifica a diario tantos milagros dietéticos de la Naturaleza, no podía escaparse sin haber sido espléndido escenario de una amplia caída de manná. Privilegios de esta tierra, «paraíso de Dios», en decir del Rey Alonso el Sabio.

IV. ¿Cuál será la próxima caída española de manná? Esperemos una nueva, que se puede avecinar si el II Plan de Desarrollo, o lo que sea, se aplicase a la salvación de nuestra agricultura. Nadie ignora ya que los corasones claudicantes, si llegan a la asistolia, exigen remedios inaplazables. El esfuerzo agrícola, como verdadero corazón de España, está enviando —dificultosamente— con el latido periódico de sus cosechas, sangre vivificadora a todos los ámbitos del territorio nacional. Pero el cerebro suele olvidar las generosas oleadas del corazón y por el pensamiento apenas pasa nuestro inmenso clásico cuando se puso a escribir que no oiera un capitán si no oiera un labrador.